



CRECED

www.creced.ch

enero/febrero 2021

Índice nº 1/2021

2	Jacob y la gracia de Dios	<i>J. Muller</i>
6	Cristo, la fuerza del creyente	<i>Ch. Briem</i>
10	El desierto y sus recursos	<i>J.N. Darby</i>
12	Muchas pruebas indubitables	<i>Näher zu Dir</i>
13	Algunas exhortaciones de la epístola a los Hebreos	<i>Ph. Laügt</i>

La revista CRECED tiene como meta la edificación y la enseñanza de los que, por gracia, pertenecen a Cristo. Se funda en la soberana autoridad de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, la cual “es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra”. 2 Timoteo 3:16–17

Le recomendamos encarecidamente que tenga siempre a mano su Biblia para buscar en ella todas las citas indicadas en esta revista. Haciéndolo así, usted sacará mayor provecho de su lectura y podrá comprobar con la Palabra, única fuente de Verdad, la enseñanza dispensada. Seamos como los creyentes de Berea, los cuales “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”. Hechos 17:11

Jacob y la gracia de Dios

La vida de Jacob, un hombre sujeto a pasiones semejantes a las nuestras, pero mencionado como testigo de fe (Hebreos 11:21), está llena de instrucciones morales. Objeto de la elección divina, Jacob es la figura del pueblo de Israel, heredero de las promesas para la tierra; mientras que su padre Isaac es una figura de Cristo, heredero celestial, unido a la Iglesia como su esposa.

Jacob vivió 147 años (Génesis 47:28). Su vida se divide naturalmente en cuatro períodos. El primero, relativamente largo, sucedió en la casa paterna. Luego huyó a Harán, y allí formó su familia. Después regresó a la tierra de los patriarcas y posteriormente se unió a José en Egipto, donde terminó su vida. Estos cuatro períodos y los límites entre ellos sugieren nueve temas de meditación:

- 1) El nacimiento de Jacob
- 2) Jacob en la casa paterna
- 3) Bet-el
- 4) Jacob en el exilio en Harán
- 5) Peniel
- 6) Jacob vuelve a la tierra de Canaán
- 7) El descenso a Egipto
- 8) Jacob en Egipto
- 9) El fin de la vida de Jacob

1) El nacimiento de Jacob

Desde antes de su nacimiento, Dios revela a su madre Rebeca que Jacob era un objeto de elección, llamado a dominar sobre su hermano gemelo Esaú, el hijo mayor: “El mayor servirá al menor” (Génesis 25:23; Romanos 9:10-12). De hecho, desde su nacimiento, Jacob (cuyo nombre significa “el que suplanta”), tiene la mano asida al talón de su hermano, como un signo de dominación. A pesar de las muchas tristezas que traerá sobre él la disciplina divina, Jacob será un hombre de fe, que posee la vida de Dios, mientras que su hermano Esaú se revelará como un profano, completamente extraño a las cosas divinas, para terminar como un desechado (Hebreos 12:16-17).

2) Jacob en la casa paterna

a) La familia de Isaac

Los dos hermanos crecen juntos en la casa de su padre. Jacob es un pastor (el que cuida las vidas de otros), mientras que Esaú es un cazador (el que toma la vida, como Nimrod; Génesis 10:8-9). Su padre Isaac, sensible a los placeres de comer carne de caza (Génesis 25:28), tiene una preferencia por Esaú, mientras que Rebeca ama a Jacob, en quien ella percibe el reflejo de su propio carácter. La triste imagen

del espíritu de parcialidad en esta familia debería motivar a los padres cristianos a no hacer diferencias afectivas entre sus hijos.

¡Qué contraste entre la conducta actual de Isaac y Rebeca, y la refrescante escena de su primer encuentro en el pozo del Viviente-que-me-ve (Génesis 24:62-67), una de las imágenes más hermosas de Cristo presentándose a su Iglesia (Efesios 5:25-27)!

b) La primogenitura

Jacob propone a Esaú que le venda su primogenitura por un guisado de lentejas (Génesis 25:29-34). Menospreciando los dones divinos, su hermano se muestra de acuerdo, manifestando así que es un profano. Sin embargo, la conducta de Jacob tampoco es excusable. No debemos anticipar a Dios ni ayudarlo en el cumplimiento de sus propósitos para nosotros.

c) La bendición de Esaú tomada por Jacob

Pensando que su fin se acercaba, Isaac pide a Esaú que le prepare un sabroso guisado con su cacería, prometiendo bendecirlo en esa ocasión. Rebeca incita a Jacob a engañar a su padre, a fin de robarle la bendición a su hermano (Génesis 27:6-10). Una iniciativa tanto más lamentable, ya que Rebeca había

tenido la revelación de Dios mismo acerca de sus pensamientos para con Jacob. ¿No podía Dios guiar a Isaac, a pesar de él mismo, para cumplir sus propósitos? Sin embargo, es por la fe que Isaac bendijo a sus dos hijos respecto a cosas venideras (Hebreos 11:20).

Esaú, a pesar de sus lágrimas, no muestra un verdadero arrepentimiento (Hebreos 12:17), sino que además, luego, aborrece a su hermano con un odio mortal (Génesis 27:38, 41). Este odio se transmitirá a los descendientes de Esaú contra el pueblo de Israel. Dios culpa a Edom por ello en la profecía de Abdías, e incluso declara por Malaquías catorce siglos después que aborreció a Esaú (Malaquías 1:2-3). ¡Triste es la historia y terrible el final de este pueblo de Edom!

En cuanto a Jacob, un hombre de fe, tendrá que segar lo que sembró (Gálatas 6:7), bajo la disciplina justa de un Dios que le ama (Proverbios 3:12). A partir de entonces, Isaac y Rebeca ya no se mencionan, y no parece que Rebeca volviera a ver a su hijo Jacob: ¡Silencio solemne de las Escrituras!

3) Bet-el

Rebeca recomienda a Jacob que huya para salvar su vida, y lo envía para Harán, a sus parientes. Isaac confirma esta partida al entregar a su hijo al cuidado del Dios

omnipotente (Génesis 27:43-44; 28:1-5). Solitario en el largo camino del exilio, Jacob se detiene en Luz para pasar la noche. Allí, Dios se le revela en un sueño. Una escalera une el cielo a la tierra; no solo ángeles suben y descienden, sino que Jehová mismo está en lo alto de ella (v. 10-22). Más tarde, el cielo se abrirá sobre Cristo, el Hijo del Hombre servido por los ángeles (Juan 1:51). Dios hace promesas a Jacob con respecto a su descendencia terrenal (“será... como el polvo de la tierra”, v. 14), y anuncia una bendición que se extenderá a todas las naciones de la tierra durante el período del milenio.

Además, Dios le promete a Jacob su cuidado: nunca lo abandonará, y ciertamente volverá a traerlo a su tierra (Génesis 28:15). El nombre de aquel lugar, Luz, se convierte entonces en Bet-el, esto es, casa de Dios. Despertado de su sueño, Jacob levanta una señal de piedra y la unge con aceite. Es lamentable que su carácter natural lo impulse a proponer a Dios un acuerdo con condiciones (v. 20-22), mientras que las promesas se le aseguraron sin ninguna condición; fueron fundadas solamente en la fidelidad de Dios.

El sol se pone sobre Jacob en Bet-el, y el día se levantará sobre él (moralmente) solo en Peniel, después de veinte años de duras pruebas. Al regresar de Harán, Jacob se encontrará con los ángeles nuevamente (Génesis

32:1-2) como un testimonio del cuidado de Dios.

Bet-el conservará por mucho tiempo su valor para el pueblo de Israel. Este lugar será una de las etapas de Elías, en compañía de Eliseo, en su último viaje antes de subir al cielo. Pero Bet-el perderá todo el valor moral para Israel durante el tiempo de los profetas: “No busquéis a Bet-el... será desechada; y no profetices más en Bet-el, porque es santuario del rey, y capital del reino” (Amós 5:4-5; 7:12-13).

4) Jacob en el exilio en Harán

En Harán, Jacob se encuentra con Raquel, quien lo lleva a su padre Labán, el arameo, hermano de Rebeca (el tío de Jacob). Jacob sirve siete años por Raquel, a quien amaba profundamente, pero Labán lo engaña y le da como esposa a su hermana mayor, Lea; Jacob sirve entonces otros siete años para Raquel (véase Oseas 12:12), y finalmente otros seis años más (Génesis 31:38-41). Proféticamente, Jacob y sus dos mujeres hablan de Cristo y la esposa terrenal, mientras que Isaac y Rebeca son la figura de la unión de Cristo y su esposa celestial, la Iglesia.

Durante este tiempo de duras pruebas, Jacob se enfrenta con alguien más astuto que él. Sin embargo, aumenta muchísimo sus bienes materiales (30:43), mientras que

su familia se forma; Lea, Raquel y sus dos siervas le dan 11 hijos. José (cuyo nombre significa: Él añade), el primer hijo de Raquel, nació al final de este período, mientras que su segundo hijo, Benjamín, nacerá en el camino de regreso. Estos dos hijos de Raquel, (la cual es imagen del pueblo de Israel), son dos figuras maravillosas de Cristo.

El nacimiento de José despierta en Jacob el deseo de regresar a su país (30:25); al final de su exilio, Dios, el Dios de Bet-el, también se lo ordena (31:3, 13). Allí vemos, proféticamente, a Dios hacer volver a la tierra prometida a su pueblo terrenal disperso (Jeremías 16:14-15). Jacob obedece rápidamente, pero deja a su suegro con engaño nuevamente, Raquel incluso se atreve a robar los ídolos de su padre, (Génesis 31:19-20). Sin embargo, es hermoso ver cómo Dios advierte a Labán que no toque a Jacob, su elegido, objeto de sus cuidados, a pesar de su conducta deplorable (31:24, 29). Finalmente, Labán y Jacob (con su familia) se separan en Mizpa, otro lugar lleno de significado para Israel (Jegar Sahaduta para Labán y Galaad para Jacob) (v. 47).

5) Peniel

En el camino de regreso, Jacob está lleno de temor ante la idea de encontrarse con Esaú, cuyos sentimientos hacia él ahora no conoce.

Por lo tanto, desarrolla una estrategia complicada para protegerse de una posible venganza por parte de su hermano. Incluso anunciará su intención de ir a Seir, el lugar de residencia de Esaú, cuando en realidad no tiene deseos de hacer este viaje.

Dios iba a allanar todo, no sin que Jacob se encontrara cara a cara con él antes, en esta extraordinaria y maravillosa escena del vado de Jaboc (Génesis 32:22-32). Hasta entonces, Dios había protegido a Jacob, para que nadie lo tocara. Pero ahora el mismo Dios lo va a tocar; estando solo, Jacob lucha con el ángel hasta que raya el alba. Dios entonces toca el encaje de su muslo para hacer que ceda. Pero Jacob desea una bendición, que Dios le da. Su nombre de Jacob (el que suplanta) es cambiado a Israel (el que lucha con Dios). Aunque Dios aún no le revela su nombre propio, Jacob todavía puede declarar: “Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma” (32:30). El nombre de Peniel (el rostro de Dios) marca el recuerdo de este momento memorable, mientras el sol se levantaba sobre el patriarca. Ahora es un hombre cojo, pero su vida va a ser cambiada. ¡Qué llamamiento para cada uno de nosotros a estar siempre en la presencia de Dios, o a regresar a ella rápidamente si hemos permitido que se estableciera una distancia entre nuestra alma y él!

El profeta Oseas resume de manera admirable la vida de Jacob hasta ese momento: “En el seno materno tomó por el calcañar a su hermano, y con su poder venció al ángel. Venció al ángel, y prevaleció; lloró, y le rogó; en Bet-el le halló, y allí habló con nosotros” (Oseas 12:3-4).

(Continuará)

Cristo, la fuerza del creyente

Filipenses 4:10-20

Los creyentes de Filipos habían enviado un donativo al apóstol Pablo, mientras estaba prisionero en Roma con serias necesidades. Lo hicieron por medio de Epafrodito, uno de ellos. El apóstol les escribe, pero solo al final de su carta, y a manera de conclusión, les habla más precisamente del don que había recibido de ellos. Abriendo su corazón de manera admirable, manifiesta los sentimientos que ese donativo había producido en él. Tenemos ante nuestros ojos un cuadro de una fuerza moral, de una belleza y un tacto que no pueden superarse. ¡Que la meditación de este pasaje hable a nuestros corazones!

He aprendido

Pablo se gozó en gran manera en el Señor de que los filipenses pensarán en él y que no lo habían olvidado (v. 10). Es la última mención del gozo en esta epístola de la cautividad, tan abundante en gozo. El que exhorta a los demás a regocijarse siempre en el Señor (v. 4), es quien está lleno de gozo, por más duras que sean las circunstancias.

No habla de ese donativo a causa de las privaciones que conoce, puesto que ha aprendido a contentarse cualquiera que sea su situación (v. 11). Pero no fue en poco tiempo que llegó a tal disposición de espíritu. Era el resultado de su larga experiencia en el camino del desierto y de una comunión íntima con Dios. Había aprendido a conocer a Dios de una manera que no hubiese sido posible sin pruebas. “He aprendido”: Es la forma de expresarse de un corazón que se goza siempre en Dios, para el cual él es suficiente, incluso en medio del horno de fuego.

Porque había **aprendido, sabía** también vivir humildemente o tener abundancia; en todo y por todo estaba **enseñado**, “así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad” (v. 12). ¡Cuán profundas y múltiples experiencias se evocan aquí! Atravesaba las situaciones extremas de

la vida humana y los altibajos de una penosa marcha en el desierto en comunión con Dios, recibiendo todo de su mano. Esto es lo que lo mantuvo gozoso y satisfecho.

Después viene la frase esencial en este capítulo: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (v. 13). Cristo era el secreto de su victoria sobre todas las circunstancias. Su base era: No yo, sino Cristo. El Señor le había dicho: “Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Corintios 12:9). Es así que en todas las situaciones de debilidad que habría de atravesar, le era suficiente que el poder de Cristo permaneciera en él.

En el versículo 13, tenemos de alguna manera la otra parte de lo que dijo el Señor a sus discípulos: “Separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5). Sin él, **nada**; con él, **todo**. ¿No es esto cierto también para nosotros? A veces oímos decir: somos seres tan miserables; no podemos hacer nada. Esto puede parecer humildad, pero en realidad es incredulidad. El Cristo de Pablo ¿no es también el nuestro? ¿No es “el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8)? Su poder está a nuestra disposición exactamente como lo estuvo en otro tiempo para el apóstol, si es que caminamos cerca del Señor y permanecemos conscientes de nuestra debilidad.

Nunca nos encarga un servicio sin darnos la fuerza para realizarlo.

Confiemos en él y contemos con su poder. El salmista dice: “Con mi Dios asaltaré muros” (Salmo 18:29).

“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (v. 13). ¡Qué triunfo! En 1 Tesalonicenses 4, tenemos como último acontecimiento la venida del Señor. Aquí, en cambio, tenemos el combate, las dificultades, las pruebas... y la victoria sobre todo eso. Esto es lo que caracteriza la epístola a los Filipenses, el libro de la experiencia cristiana. Encontramos la confirmación de esto en el versículo 19.

Vuestra comunión en el Evangelio

En el primer capítulo, el apóstol habla de: “vuestra comunión en el evangelio, desde el primer día hasta ahora” (Filipenses 1:5) y más adelante, en el capítulo 4, expresa un elogio: “Bien hicisteis en participar conmigo en mi tribulación” (v. 14). Es una cariñosa alusión a su donativo. Lo ve como una participación en su tribulación, en su situación como prisionero del Evangelio. Su confianza estaba en Dios, pero no subestimaba el amor y la solicitud de sus hermanos en la fe. En un sentido, era independiente de todos porque dependía de Dios. Sin embargo, recuerda también que Dios utiliza como instrumentos siervos en comunión con él para ejecutar su voluntad; por lo tanto el

apóstol dice: “Bien hicisteis”. Esto nos recuerda la escena en la que el Señor defendió a la mujer que lo había ungido con un perfume de gran precio y que, a causa de ello, recibió reproches de los que le rodeaban. Él dijo: “Esta ha hecho lo que podía” (Marcos 14:8). ¿Existe un mayor elogio que aquel que proviene del Maestro?

Pablo recuerda también, y se lo menciona a los creyentes de Filipos, que ellos lo habían asistido materialmente desde el comienzo de su ministerio (v. 15-16). De todas las iglesias, este privilegio se les había concedido solo a ellos, puesto que eran fieles y devotos, como en el inicio de la epístola lo ha demostrado. El apóstol no olvidaba su obra de amor, como leemos también en la carta a los Hebreos: “Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndoles aún” (Hebreos 6:10).

En el versículo 17, Pablo quiere evitar un malentendido agregando: “No es que busque dádivas, sino que busco fruto que abunde en vuestra cuenta”. Si alaba y expresa su gratitud, no es para sugerir otras dádivas. Considera el donativo de los filipenses a la luz del tribunal de Cristo, y busca un fruto de amor que abunde “en vuestra cuenta”. Puesto que el Señor “arreglará cuentas” con sus siervos, como lo

dice él mismo (Mateo 25:19). ¿No nos importa, a nosotros también, oír entonces de boca del Señor las palabras de aprobación: “Bien, buen siervo y fiel”?

Pablo mismo se siente colmado. Está lleno de gratitud, “habiendo recibido de Epafrodito lo que enviasteis; olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios” (v. 18). ¿No es sorprendente que, para representar ese “sacrificio”, encontremos la misma expresión “olor fragante” utilizada en Efesios 5:2 para describir al sacrificio de Cristo? ¿Puede compararse el relativamente pequeño sacrificio de los filipenses con el infinito sacrificio de Cristo? El Espíritu Santo lo hace. Puesto que uno de esos sacrificios subía a Dios en el perfume del otro, incomparablemente mayor. Su liberalidad les había obviamente costado algo, pues sabemos por otra Escritura que estaban en una “profunda pobreza” (2 Corintios 8:2). Pero el amor de Cristo los dirigía a actuar así. Por ello Dios estaba disfrutando y veía en su donativo un sacrificio de olor grato. ¿Tienen nuestras dádivas también algo de ese carácter? (compárese con Hebreos 13:16).

Nuestras necesidades, Sus riquezas

En la continuación de este pasaje, es como si Pablo deseara ser él mismo también un dador a favor de

los filipenses. Pero al no tener esta posibilidad, recurre a su Dios que sí tiene ese poder. Entonces dice: “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (v. 19). El apóstol no puede dar nada a los filipenses a cambio de su liberalidad, pero el Dios de Pablo sí puede, y lo hará. No es simplemente un deseo, ni una oración, es una realidad de la que el apóstol se hace garante. Estaba preso, pero conocía a Dios como **su** Dios. Lo había comprobado en las circunstancias y dificultades más diversas de su vida. Muchas veces había experimentado su amor, su fidelidad y su ayuda. Así puede decir: “**mi** Dios”. El Dios que conocía tan bien, y cerca de quien vivía, supliría todas las necesidades de los filipenses.

Dos veces en la epístola, el apóstol menciona sus propias necesidades (2:25; 4:16). Éstas habían sido satisfechas bondadosamente por los creyentes de Filipos. Pero ahora piensa en las necesidades de ellos. Sean de orden material o espiritual, Dios las supliría a todas. Lo haría, no según de lo que ellos podrían tener conciencia, sino conforme a lo que él ve y conoce perfectamente. ¡Promesa de gran alcance, válida para sus hijos de todos los tiempos!

Subrayemos la asociación de palabras de este versículo 19: “lo que **os** falta” y “**sus** riquezas” son

puestas una frente a otra. Dios no nos da simplemente lo que nos hace falta; él nos da según sus riquezas, es decir conforme a lo que él es. ¡Gracia maravillosa! Para satisfacer nuestras necesidades, sus riquezas son inagotables.

Sus riquezas están “en gloria en Cristo Jesús”. En el cielo, no tendremos necesidades. Pero según esta medida –“conforme a sus riquezas en gloria” (v. 19)– Dios suple hoy todo lo que nos falta. Sin embargo, todas las bendiciones de Dios descienden sobre nosotros “en Cristo Jesús”. El Cristo Jesús, es el Cristo resucitado. En él y por él tomamos posesión de esas bendiciones prácticamente. No solo nos adquirió todas las cosas por su muerte, sino que es, como hombre resucitado y glorificado, el centro y comienzo de toda bendición.

Notemos entonces los cuatro puntos principales de este maravilloso versículo, con tres pronombres posesivos y una preposición: “**mi** Dios”; “lo que os falta” o “toda necesidad **vuestra**”, V.M.; “**sus** riquezas”; “**en** Cristo Jesús”.

De forma muy apropiada, el apóstol termina con una doxología: “Al Dios y Padre nuestro sea gloria por los siglos de los siglos. Amén” (v. 20). En el versículo precedente, no podía decir **nuestro** Dios, pues sus experiencias con Dios no eran las de sus hermanos. Pero cuando se trata de la gloria de Dios, se une

a todos ellos diciendo: “Dios y Padre **nuestro**”. Con todo nuestro corazón, unimos nuestras voces a esta alabanza.

Ch. Briem

El desierto y sus recursos

Números 11

El libro de Números, que cuenta la historia del viaje de los israelitas por el desierto, también nos relata sus continuas rebeliones. Esta es la triste historia del pueblo de Dios, pero está llena de aliento para nuestras almas, ya que exalta a Dios y muestra toda su paciencia hacia sus redimidos. Al final del viaje, Dios declara “No ha notado iniquidad en Jacob, ni ha visto perversidad en Israel. Jehová su Dios está con él” (Números 23:21).

Israel acampaba al mandato de Dios; el arca del pacto guiaba al pueblo, y Dios le daba instrucciones en todas las cosas. Pero cuando el arca, desde el monte Sinaí, los hubo conducido tres días, comenzaron a murmurar y a quejarse de fatiga. ¿No hacen nuestros corazones lo mismo? Quejarse del camino es el comienzo de la incredulidad,

incluso en los corazones de los creyentes.

Después de haber cruzado el Mar Rojo, Israel había cantado el cántico de la liberación; pero cuando se trata de caminar en un desierto donde no hay agua ni camino, y donde es necesario, en todo, depender de Dios, el pueblo comienza a cansarse y a lamentarse, deseando los placeres que tuvieron en Egipto.

Se nos permite estar cansados. No de Dios, sino de lo que somos y de tener un tesoro que llevamos en vasos de barro. Este tipo de cansancio no nos aleja de Dios. Cuanto más estoy en presencia de él, más se cansa mi corazón del mal. Es un cansancio y una tristeza según Cristo, quien fue “varón de dolores, experimentado en quebranto” (véase Isaías 53:3). Dios aprueba este cansancio y lo alivia; proviene del amor de Cristo en nosotros y no se relaja en el trabajo ni sucumbe a la tentación. Si soy fiel, es imposible que (yo) no esté cansado del pecado que hay en mí y en derredor. ¡Cuán diferente fue la fatiga de Israel! Proviene de la debilidad de la carne que teme las dificultades, no le gusta resistir, teme el esfuerzo y, en el fondo, se queja de Dios y murmura contra él. ¿Cómo podía ser esto agradable para él?

Dios oye las quejas de su pueblo y su ira arde contra él; porque al quejarse habían “menospreciado a Jehová” que estaba en medio

de ellos (Números 11:20). ¿No se había ocupado de todo lo que les preocupaba? Sin duda, pero la carne no quiere estar cansada y se queja. Entonces Dios les hace sentir su presencia, y el fuego de su juicio consume a algunos (v. 1). La humillación ocurre y la misericordia se reanuda.

Había personas entre el pueblo cuyos corazones todavía estaban en Egipto. No necesitamos gran cosa para el viaje. Cuanto más ligero sea nuestro equipaje, más fácil será el camino. Dios no nos da lo que nos puede unir a este mundo de pecado, sino lo que es suficiente para que podamos viajar a nuestra patria celestial. Los creyentes mundanos no pueden contentarse con lo que Dios les da, porque esa patria no es su objetivo, y no tienen allí ni su esperanza ni su herencia. Israel comienza a llorar y desea comer carne, es decir algo diferente de lo que es necesario para el viaje. ¡Qué pérdida para nosotros, si Dios nos concediera lo que nos ata a la tierra! Nuestro descanso no está aquí abajo; es la carne la que desea descansar en este mundo.

Israel dijo: “Nos acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos; y ahora nuestra alma se seca; pues nada sino este maná ven nuestros ojos” (v. 5-6). Encuentran el recuerdo de las cosas del mundo,

pero es solo un recuerdo y no una esperanza. El maná que sus ojos vieron era la gracia suficiente para el viaje. No tenía nada que ver con lo que había en Egipto; tampoco era la comida que el pueblo iba a encontrar en Canaán, pero contenía todo lo necesario para mantenerse durante el viaje. Israel recordó los agradables recursos de Egipto, pero se había olvidado de los ladrillos; porque Satanás tiene cuidado de no recordarnos el sufrimiento que hay en el mundo.

Israel pensaba que la comida de Egipto lo haría feliz. Si Dios nos hiciera felices aquí con las cosas que hay en el mundo, no estaría satisfecho en su amor por nosotros. Nunca nos dará lo que nos puede hacer olvidar que somos peregrinos en el desierto. Él quiere que su gracia nos sea suficiente, y cuando ya no es suficiente para nosotros, es porque la carne está actuando. Lo mismo que ocurre con la gracia sucede con el maná. Es imposible hacer provisión de gracia para mañana, ni confiar en la gracia de ayer. No debemos tener otro apoyo que Dios, es necesario depender diariamente de él; eso es lo que quiere. En cuanto a Dios, él recordó a Israel todas las mañanas durante cuarenta años. Si hubiera dado el maná solo una vez al mes, habría mostrado su amor solo una vez al mes y no todos los días. De hecho, muestra a cada momento cuánto nos ama. Si

nuestros ojos no están satisfechos de ver el maná cada mañana, despreciamos el amor de Dios. El gozo de los fieles es comprender este amor y vivir en una dependencia continua de Dios.

En los versículos 13 y 14, Moisés carece de fe. Dijo: “¿De dónde conseguiré yo carne para dar a todo este pueblo? Porque lloran a mí, diciendo: Danos carne que comamos. No puedo yo solo soportar a todo este pueblo, que me es pesado en demasía”. Olvida que la dificultad está ante Dios y que Él se encarga de ella. Los discípulos en la barca tienen miedo, como si Jesús, que estaba con ellos, estuviera en peligro de ahogarse.

El mayor castigo que Dios puede infligirnos es darle a la carne lo que desea (v. 18-20). Cuando vieron las codornices, los israelitas debían haber confesado su pecado y regresado a Dios. Lejos de eso, se las comen, y lo que satisface sus deseos los golpea y los castiga.

J.N. Darby

Muchas pruebas indubitables

“...a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios” (Hechos 1:3).

Jesucristo resucitó tres días después de su muerte en la cruz. Para dar testimonio evidente de este hecho dio pruebas claras de su resurrección a sus discípulos.

— **Vieron** a su Señor y lo reconocieron, viendo sus manos traspasadas. El Resucitado era el mismo que estuvo colgado en la cruz. Sus manos, las que habían aliviado a los enfermos y alimentado a los hambrientos, llevaban ahora de manera inconfundible las heridas de su muerte (véase Zacarías 13:6).

— **Oyeron** al Resucitado que les dijo: “Paz a vosotros” (Juan 20:19). Ésta era la voz del buen Pastor, que ya habían oído antes, durante tres años, cuando enseñaba a las multitudes o cuando ordenaba a la tempestad calmarse.

— Lo **palparon** y así pudieron convencerse que estaba corporalmente presente. No les apareció como espíritu, sino en un cuerpo de carne y huesos (Lucas 24:39).

— El día de la resurrección **fueron testigos** de cómo comió un

pez asado y un panal de miel (Lucas 24:42). De esta manera confirmó su presencia corporal. Había resucitado verdaderamente.

Durante los cuarenta días hasta su ascensión, Jesucristo se dejó ver varias veces por sus discípulos para que pudieran convencerse de que vivía. Más adelante, cuando daban testimonio de su resurrección, no necesitaban referirse a un único encuentro, sino que tenían muchas pruebas indubitables que confirmaban este hecho.

Näher zu Dir

Algunas exhortaciones de la epístola a los Hebreos

Antes de considerar diferentes exhortaciones de esta epístola (especialmente las del capítulo 12), recordaremos algunas características generales del libro.

La epístola de los cielos abiertos

La carta a los Hebreos fue llamada **la epístola de los cielos abiertos**. Estos están iluminados por la presencia del Señor Jesús.

Es Él quien debe llenar los corazones de los cristianos, cualquiera que sea su origen. Ningún otro libro, excepto el evangelio de Juan, muestra las glorias del Señor Jesús, su divinidad y humanidad, sus perfecciones como hombre en la tierra y su exaltación ahora en el cielo.

No tenemos una indicación precisa de la identidad de los destinatarios. Sin embargo, podemos pensar que fue escrita para los judíos que confesaron el nombre de Jesús, sin estar seguros de que todos eran realmente convertidos. Estos judíos estaban muy familiarizados con el ritual judaico al que fueron sometidos previamente. Habían pasado por circunstancias dolorosas debido al gran cambio en sus vidas (Hebreos 10:32-34). Pero el comportamiento de muchos de ellos hizo que el autor de la epístola temiera que solo tuvieran la apariencia de ser de Cristo, sin haber recibido realmente Su vida. Aquellos a quienes se dirige la epístola son peregrinos sobre la tierra: profesan estar en camino al cielo. Están llamados a atravesar dificultades, sufrimientos y, a veces, incluso un “gran combate de padecimientos”. Los cristianos todavía viven hoy en un mundo hostil a la fe. Deben mantener sus ojos puestos en el cielo, donde el Señor Jesús “entró por nosotros como precursor”, como hombre glorificado (Hebreos 6:20). Duramente probados, algunos de

estos cristianos se desalentaron, otros se hicieron tardos para oír (Hebreos 5:11), además de tener un desánimo espiritual y cierta vuelta al judaísmo, el cual, quizás era más atractivo para el hombre natural.

El autor habla con respeto de estos elementos del culto judío, que habían tenido su lugar hasta un pasado reciente, y que eran “figuras” o “sombras” de lo que vendría. Pero es necesario que los ojos de nuestro entendimiento sean completamente alumbrados (véase Efesios 1:18), y contemplen a una persona infinitamente más gloriosa, al Señor Jesús. Él mismo reemplaza y supera todo lo que antes solamente se anunciaba. Ante él, los ángeles, e incluso los hombres más ilustres (Moisés, Aarón, Josué, David), desaparecen por completo. Así, el escritor de la epístola se esfuerza por enfatizar la excelencia de la persona de Jesús, su obra acabada, y su servicio sacerdotal eterno.

Ahora está en lo alto de los cielos, como sumo sacerdote según el orden de Melquisedec (Hebreos 5:10). “Habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios” (10:12). Su ministerio, que no se puede transmitir, es superior en todos los aspectos al de Aarón, y vive siempre para cumplirlo (7:25).

Por Él podemos exponer nuestras necesidades ante Dios para recibir el socorro oportuno. Y también

mediante él, ofrecer a Dios sacrificios de alabanza (4:16; 7:25; 13:15).

La epístola de las cosas mejores

Existen **similitudes** entre el culto de las cosas visibles del Antiguo Testamento y la adoración “en espíritu” del Nuevo Testamento. Pero hay sobre todo **contrastos** muy fuertes. La superioridad de la adoración actual es tal que todo lo relacionado con la adoración anterior está ahora relegado al rango de “sombra”. “En estos postreros días” (Hebreos 1:2), durante los cuales no hablaron más los profetas, Dios “nos ha hablado por el Hijo”, quien es “el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia”, o sea de lo que Él es. El culto se rinde ahora a Dios por medio de Jesucristo (Hebreos 13:15). Solo de esta manera puede ser “en espíritu y en verdad” (Juan 4:23-24).

El cristianismo trae una “mejor esperanza” que se basa en un “mejor pacto” (Hebreos 7:19, 22), “mejores promesas” (8:6) y “mejores sacrificios” (9:23). Dios nos da “una mejor y perdurable herencia en los cielos” (10:34). El acceso a una “mejor” patria está abierto para nosotros y tenemos delante de nosotros una “mejor resurrección” (11:35), que también vislumbraron los fieles del Antiguo Testamento. Todas estas bendiciones tienen al Señor Jesús como su centro. Su supremacía y excelencia son proclamadas a través de toda la

Escritura, pero especialmente por esta epístola a los Hebreos.

En Cristo, el don supremo de Dios, el cristiano lo ha recibido todo. Puede acercarse a Dios teniendo libertad, “por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne” (Hebreos 10:19-21). Podemos mantenernos en la santa presencia de Dios sin ningún temor.

Algunas exhortaciones de la epístola en relación con los peligros que corrían los hebreos

No ir a la deriva

“Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos” (Hebreos 2:1).

Es asombroso considerar que creyentes puestos en contacto con las maravillosas bendiciones del cristianismo puedan volverse atrás, a los “débiles y pobres rudimentos” enteramente caducados (Gálatas 4:9). Renunciar a los privilegios y bendiciones de la fe cristiana, y regresar a la ley y las ordenanzas judías, era **deslizarse** o **ir a la deriva** (Hebreos 2:1), **apartarse del Dios vivo** (3:12) y **desechar al que amonesta desde los cielos** (12:25).

Con frecuencia, de manera insidiosa, comenzamos a ir a la deriva, como un barco arrastrado por una corriente. Cuidémonos. Hay cristianos que “nafragaron en cuanto a la fe”¹ (1 Timoteo 1:19). Pensando en ellos, Pablo exhorta a Timoteo a “mantener la fe y una buena conciencia”.

No perder la confianza

“No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene grande galardón” (Hebreos 10:35).

En varias ocasiones, el autor inspirado envía una solemne advertencia a sus lectores. En medio de estos cristianos auténticos, podía haber personas que no tuvieran la vida de Dios. Esto también puede suceder hoy en día, especialmente entre los hijos de padres cristianos. Recordemos que un verdadero creyente nunca puede perder su salvación. Las ovejas de Jesús están en perfecta seguridad (Juan 10:27-29). Sin embargo, los que pertenecen al Señor Jesús deben ser exhortados, ya que siempre están en peligro de relajarse. No perdamos nuestra confianza, pues ella recibirá grande galardón. “Porque os es necesaria la paciencia, para que habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa” (Hebreos 10:35-36).

¹ N. del R.: Aquí no se trata de la salvación personal, sino de la fe en el andar cristiano.

Despojarse de todo lo que estorba la carrera cristiana

“Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12:1-2).

Los hebreos corrían el gran peligro de verse abrumados por la presión constante de las pruebas y perder su posición en la lucha contra el Enemigo. El escritor de la epístola menciona cargas de las cuales es necesario despojarse, pues Dios quiere llevarlas en nuestro lugar. También menciona “el pecado” que fácilmente nos asedia y se convierte en un gran obstáculo para nuestra vida cristiana.

Estamos comprometidos en una carrera. La “grande nube de testigos” que nos rodea es un estímulo continuo. Pero sobre todo, somos llamados a poner los ojos en Jesús. Él recorrió delante de nosotros el camino de la fe. Es nuestro ejemplo perfecto en esta senda y nos proporciona los recursos necesarios para ser vencedores.

No desmayar por la disciplina ni menospreciarla

“Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor; ni desmayes cuando eres reprendido por él” (Hebreos 12:5).

En el camino, los hijos e hijas, somos objetos de la disciplina del

Dios santo. Él quiere que nos conformemos, prácticamente, a la imagen de su Hijo. Guardémonos de **menospreciar** esta disciplina; mejor, busquemos las razones por las que Él la envió (véase Job 5:17). Otro peligro sería **desmayar**. Recordemos la expresión que usa la Palabra para designar a aquel que es el objeto de la disciplina: es “al que (el Señor) ama” (Hebreos 12:6; véase Apocalipsis 3:19). Esta disciplina puede ser **preventiva**, como en el caso de Pablo, “para que no me enaltezca sobremanera” (2 Corintios 12:7), o **correctiva**, como en el pasaje de Apocalipsis 3:19.

Puede ser que perdamos de vista las intenciones de nuestro Padre cuando él nos disciplina; no olvidemos que es una mano amorosa la que sostiene la vara. Aprendamos a obedecer su voluntad (Hebreos 12:9). Su disciplina siempre tiene por objeto nuestro beneficio espiritual; nos es dada “para que participemos de su santidad” (v. 10). Esta es una santidad práctica. No solo tenemos que mantenernos alejados del mal, sino también aborrecerlo (Proverbios 8:13).

Manifestar más energía espiritual y animar a los que nos rodean

“Por lo cual, levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas” (Hebreos 12:12).

Al seguir el camino de la fe, podemos cansarnos y carecer de

energía espiritual. Pensemos en los israelitas, en los **débiles** “que iban detrás” del pueblo cuando salieron de Egipto, que se convirtieron en una presa fácil para el enemigo (Deuteronomio 25:18).

Cuando veamos una disminución de la energía espiritual entre nosotros, intentemos animar a nuestros hermanos y hermanas. Tal servicio requiere, ante todo, una atención especial en nuestras propias vidas. Es necesario “**restaurar**” al hombre que ha sido sorprendido en alguna falta, pero este servicio (confiado a cristianos “espirituales”), requiere tanto temor como mansedumbre (Gálatas 6:1).

Las manos caídas y las rodillas paralizadas pueden ser el resultado de “cargas” especiales bajo las cuales nuestros hermanos y hermanas se sienten abrumados. Pero la Palabra nos exhorta: “Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo” (Gálatas 6:2).

¿Dónde encontrar la fuerza necesaria para nuestra carrera? El profeta nos dice: “Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas” (Isaías 40:30-31).

Tener un andar práctico conforme a la Palabra

“Haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se

salga del camino, sino que sea sanado” (Hebreos 12:13).

Muchos, ¡ay! adoptan los hábitos del mundo y siguen un camino que no es derecho. Tengamos el firme deseo de andar en rectitud. El libro de Proverbios nos exhorta: “Examina la senda de tus pies, y todos tus caminos sean rectos. No te desvíes a la derecha ni a la izquierda; aparta tu pie del mal” (Proverbios 4:26-27).

Lo que es cojo puede dislocarse. Una pequeña desviación suele dar lugar a una más grave. Cuidémonos y guardémonos, primero de nosotros mismos, pero también seamos de ayuda a quienes nos rodean.

Buscar la paz y la santidad

“Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (Hebreos 12:14).

Hay en la naturaleza humana caída una inclinación innata por la disputa y la contención. Por el contrario, tratemos de seguir la paz con todos, “en cuanto dependa de vosotros” (Romanos 12:18). “Así que, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación” (Romanos 14:19). “Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres”, recomienda Pablo a los filipenses (Filipenses 4:5).

El espíritu de protesta y disputa caracteriza al mundo y su política. Tengamos cuidado de

no mezclarnos con ello. Evitemos incluso dar opiniones sobre temas que no nos conciernen a nosotros como extranjeros que somos. Vivamos en paz con nuestros vecinos; así es como preparamos el camino al testimonio “del evangelio de la paz” (Efesios 6:15).

Este versículo 14 de la epístola a los Hebreos también nos invita a seguir el camino de la santidad práctica. Para que podamos realmente “ver... a Jesús, coronado de gloria y de honra” (Hebreos 2:9), es necesario que nuestros espíritus y nuestros corazones no sean contaminados por las impurezas que están expuestas en el mundo. Esta contemplación de Cristo va de la mano con un andar práctico en la santidad.

La paz y la santidad deben seguirse juntas, sin que la búsqueda de la una sea a costa de la otra. No siempre es fácil.

Mirar bien, no sea que

“Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios” (Hebreos 12:15).

La gracia de Dios nos ha hecho sus hijos; estando a su lado, nada nos faltará jamás. ¿Pero vivimos de esta gracia? ¿Es ella nuestra comida? ¿Nos damos cuenta de que la necesitamos en cada momento? ¿Impregna la gracia todas nuestras relaciones entre hermanos y hermanas?

“Mirad bien, no sea... que brotando alguna raíz de amargura, os

estorbe, y por ella muchos sean contaminados” (v. 15).

En un jardín, una raíz mala, que primero pasa desapercibida, puede desarrollarse y producir una planta que termina por invadir todo. De la misma manera, el mal no juzgado en nuestros corazones, tolerado en nuestras vidas, puede desarrollarse, propagarse y causar estragos entre nosotros.

“Mirad bien,... no sea que haya algún fornicario, o profano, como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura” (v. 15-16).

Esaú es un ejemplo a tomar en serio. Un día, cuando estaba cansado, menospreció la primogenitura y la vendió para obtener un guisado de lentejas (Génesis 25:29-34).

Una relación habitual con las cosas santas, si no ejerce influencia en nuestra conciencia y en nuestro corazón, tendrá efectos destructivos en nuestra alma. Al descuidar los inmensos privilegios que pertenecen a aquellos que están en Cristo, corremos el peligro de caer en verdaderas **profanaciones**.

¡Qué advertencias serias para todos los hebreos a quienes se dirigió la epístola, así como para todos aquellos que profesan pertenecer al cristianismo! El peligro de menospreciar o incluso abandonar finalmente las bendiciones cristianas es real.

Ph. Laügt

¿Cómo escaparemos nosotros,
si descuidamos una salvación tan
grande?

Hebreos 2:3

He aquí, yo estoy contigo, y
te guardaré por don-dequiera que
fueres, y volveré a traerte a esta
tie-rra; porque no te dejaré hasta
que haya hecho lo que te he dicho.

Génesis 28:15

He aprendido a contentarme,
cualquiera que sea mi situación.

Filipenses 4:11

Dios respondió a Moisés:
¿Acaso se ha acertado la mano de
Jehová? Ahora verás si se cumple
mi palabra, o no.

Números 11:23

Novedad

Desde 2021 también es posible recibir la revista Creced por **correo electrónico**.

Favor de registrarse en nuestro sitio internet www.creced.ch (bajo “Contáctese”) o escribiéndonos a revista@creced.ch.

Publicación de edificación cristiana Creced

Se suele utilizar en las citas bíblicas la versión Valera 1960 o la versión Moderna (V.M.). Estas citas se encuentran entre “ ”.

Suscripción: La revista se envía a todo aquel que la solicite. Se sostiene con las oraciones, suscripciones y ofrendas de creyentes.

En caso de **cambio de dirección**, le rogamos que nos avise lo más pronto posible, comunicándonos tanto la nueva como la antigua en caracteres claros y legibles.

Contacto: Para cualquier información referente a Creced, o para solicitar la suscripción, debe dirigirse a la dirección siguiente: Creced, 46, route de Suisse, 1290 Versoix-Genève (Suiza), por medio del sitio www.creced.ch, o a través de la dirección de correo electrónico: revista@creced.ch.

Están a la venta los dieciocho **volúmenes** encuadernados de la revista Creced, correspondientes a los años 1984-85, 1986-87, 1988-89, 1990-91, 1992-93, 1994-95, 1996-97, 1998-99, 2000-01, 2002-03, 2004-05, 2006-07, 2008-09, 2010-11, 2012-13, 2014-15, 2016-17 y 2018-19. Cada uno consta de 336 páginas. Indique claramente los años que desea recibir.

Precio (1 volumen): 9 \$ EE. UU. 8 EUR 9 CHF

Se aplicará un descuento de 15 % a quienes soliciten 5 volúmenes, de 20 % a partir de 10 volúmenes y de 25 % por la serie completa. Las librerías ya establecidas gozan de un mayor descuento.

Ofrecemos gratis el índice de los 20 primeros años de la revista Creced (1984-2003) a quienes compren los libros encuadernados o posean los fascículos de esos años.

Medios de pago: América latina: se ruega incluir el pago junto a su pedido, y que este sea solo por medio de billetes en \$ de EE.UU. Europa: podrán abonar mediante giro postal internacional, con billetes en su moneda nacional.

– PayPal: Tendrá que introducir la dirección de e-mail: revista@creced.ch.

– Western Unión: a nombre de Jacques Perron, 46 route de Suisse, 1290 Versoix (Suiza).

En cualquiera de estos casos, es **importante** que nos avise lo antes posible a: revista@creced.ch, indicándonos sus nombres y apellidos, la suma que manda, la fecha del pago y el número del giro de Western Unión.

Comité de redacción: J. Perron (responsable), J.-P. Cuendet, J.-C. Moinat, O. Perron

Sitio web: <http://www.creced.ch>

E-mail: revista@creced.ch
